

Trotsky, un contemporáneo: *Entrevista a Sieva Volkov*

Marina Berti Díaz¹

Resumen

Entrevista a don Esteban Volkov, nieto de León Trotsky. Realizada en el Instituto del Derecho de Asilo Museo Casa de León Trotsky, Coyoacán, México en julio del 2016. Sobre su azarosa infancia al lado del gran líder revolucionario mundial.

Palabras claves: Trotsky, Stalin, revolución, Derecho de Asilo, México, relevancia biográfica

Cuando terminé *El hombre que amaba los perros*, lo volví a empezar inmediatamente, pues quería fijar en mi memoria los hechos que se narran en la novela de Leonardo Padura. No conforme, en obsesión casi compulsiva, me lancé sobre mi computadora a buscar sobre la vida de los personajes revividos en esa novela. Supe entonces que el querido nieto de Trotsky, Sieva, vivía, y me prometí conocerlo personalmente tan pronto tuviera oportunidad de viajar a México.

Así que aquí estoy, una mañana de julio, en Coyoacán, a la entrada del Museo Casa de León Trotsky, experimentando sensaciones diversas: emoción, recogimiento, respeto, nostalgia, melancolía, pero con la gran alegría de que en breve estaré conversando con la historia, “con la sangre de Trotsky”, como dijo mi hijo José Manuel.

¹ Autora profesora adjunto de la Escuela de Lenguas Modernas adscrita a la Facultad de Estudios Humanísticos de la Universidad Interamericana del Recinto Metro cberti@intermetro.edu.

El lugar es acogedor, con más jardín que casa. Impacta observar las pertenencias del pensador y líder revolucionario: su máquina de escribir, su escritorio, su biblioteca... y, en el patio, las jaulas de sus pollos y conejos. Impacta evocar lo que ocurrió y no podremos cambiar, es un sentimiento desolador. En este mismo patio, su segunda esposa, Natalia Sedova, sembraba flores. Cuentan que un día Trotsky la observaba y comentó: “A pesar de todo, la vida es bella”, frase que inspiró a Roberto Benigni el título de su película.

Conozco entonces a Esteban Volkov, *Sieva*, hombre dinámico, cálido y dispuesto a hablar. Don Esteban, como lo llaman en México, irradia una simpatía y un buen humor que contrasta con una niñez llena de acontecimientos ingratos: persecución, separaciones, exilios, pérdidas, zozobras, inestabilidad, angustias, suicidios, asesinatos. Por su sonrisa plena y la profundidad de su mirada, parece también reconocer la belleza de la vida, como pensaba su abuelo.

¿A qué edad pudo salir de Rusia?

Salí a la edad de cinco, en 1931, junto a mi madre Zinaida, más o menos dos años después de que el abuelo fuera expulsado a Turquía. Nos reencontramos allá con él, con mi abuela política Natalia y con el hijo mayor de ellos, Lev Sedov.

¿Cuándo se separan?

Mi madre viajó a Berlín para tratarse médicamente, y yo permanezco con mi abuelo y Natalia cerca de dos años. A principios de 1933, volví a reunirme con mi madre en Berlín, pero fue poco tiempo, aproximadamente dos semanas. A esa fecha corresponde su suicidio: sola, enferma, los nazis andaban en las calles, una situación de mucha tensión, muy difícil para ella.

Al morir su madre, ¿qué ocurre con usted?

De momento, me ocultan su muerte, yo no me entero, me dicen que se encuentra muy delicada y me envían a Viena, a un pensionado, un pequeño hostel, con muchos jóvenes, gente bastante liberal, de izquierda, psicoanalistas, agradable el ambiente. Allí estoy como año y medio, pero a raíz de que la situación en Austria también se pone difícil, bajo al gobierno de Engelbert Dollfuss, bastante facistoide, el abuelo considera más prudente mandarme a París con mi tío Lev y su pareja Jeanne Molinier. Vivo con ellos bastantes años hasta que a inicios de 1938 mi tío muere en una clínica de las afueras de París, envenenado al parecer por agentes de la GPU (policía secreta soviética).

Entonces, el abuelo quiso traerme a México, y tuvo problemas con mi tía Juana (Jeanne), que no me quería soltar, me quería conservar a como diera lugar. Me esconde un invierno en las montañas cerca de Alemania y fue toda una odisea para que me localizaran.

Marguerite Rosmer y su marido Alfred anduvieron recorriendo todos esos pueblos hasta que dieron conmigo.

¿Recuerda cómo se sentía en esos años tan azarosos?

La vida con la tía Juana era bastante triste, ella estaba muy dolida, lastimada por la muerte de Lev. Una mujer terca, terca, terca, no he conocido a nadie como ella, con ideas un poco absurdas, como que los niños no debían comer nada de mostaza, y que debían acostarse a las ocho y media de la noche, ni un minuto más tarde, y que debían usar zapatos altos para proteger sus tobillos. Era tremenda la tía Juana.

¿Cómo fue el encuentro con su abuelo al llegar a México?

Un cambio total. De por sí, el país es otra cosa: colorido, sol, un cielo azul, otro paisaje, montañas, cactus; en Europa, sobre todo en invierno, todo es gris, gris, gris. Hicimos la travesía en barco desde Francia a Nueva York, donde estuvimos quince días, transcurría la Feria Mundial de 1939. Por cierto, nos quedamos en el departamento de Ruth Ageloff, hermana de Sylvia Ageloff, la que fue pareja del asesino. Sylvia ayudó mucho al abuelo en labores secretariales durante los procesos de Moscú. Luego tomamos el tren Southern Pacific y después de tres días en ferrocarril arribamos a la Ciudad de México.

¿Parece que Trotsky quería tenerlo siempre cerca?

No sé si cerca, pero nunca me perdía de vista, pendiente siempre de que estuviera bien, muy atento, sí.

¿Que lo marcó de la relación con su abuelo?

Su vitalidad, era extraordinaria la energía que emanaba. Tan es así, que de los actores que lo han representado en el cine: Richard Burton y Geoffrey Rush, considero que ninguno de ellos consiguió su perfil. El que hubiese reflejado el perfil de Trotsky era Kirk Douglas, esa vitalidad, esa energía, una imagen más o menos cercana del abuelo.

¿Cuánto tiempo vivió en esta casa?

Ese primer año hasta la muerte del abuelo en 1940, y posteriormente hasta 1970. Nos quedamos. Mis hijas vivieron aquí, disfrutaron del jardín. También recibíamos a la gente que quería conocer la casa, siempre estuvo abierta. Mis hijas, mi esposa Palmira o yo la

enseñábamos. Nos llegaron Gabriel García Márquez, Elena Poniatowska y Joseph Losey cuando preparaba su película *El asesinato de Trotsky*.

¿Cuándo se convierte la casa en museo?

Museo siempre ha sido, pero oficialmente lo fue a partir de 1990, en el cincuentenario del asesinato del abuelo, cuando interviene el gobierno, durante el período de Manuel Camacho Solís como jefe del Departamento del Distrito Federal. Se hacen remodelaciones, se amplía con un anexo, se adquieren objetos de la época que faltaban y empieza a funcionar el Instituto de Derecho de Asilo.

Al morir su abuelo, usted es un jovencito de catorce años, ¿cómo ha asumido la responsabilidad de estar al frente del legado de Trotsky?

Conservar este lugar no ha sido fácil. Al principio, poco tiempo después del asesinato, a los mismos partidarios de Stalin vinculados con el crimen, les encargaron la misión de hacerlo desaparecer. Y como muchos estalinistas estaban infiltrados en el gobierno mexicano, en el sector de educación, buscaron infinidad de pretextos para correrlos de aquí, a cada rato salían proyectos para abrir una guardería infantil, oficinas, pretextando el desalojo de la casa. Afortunadamente, el general Lázaro Cárdenas intervenía y ponía freno a esas medidas. En política yo no me meto, lo que me interesa es cumplir con el deber de conservar este sitio. Fue el deseo de Natalia Sedova, el deseo del general Cárdenas. El presidente José López Portillo la declaró monumento histórico y me nombró su custodio.

A esta altura de la historia, ¿cree que Trotsky está limpio del estigma que sus enemigos estalinistas quisieron poner sobre él?

De sus enemigos, los arribistas, los usurpadores de la Revolución, para nada queremos esa limpieza, no nos interesa; que lo liberen de todos los falsos cargos jurídicos que le orquestaron, eso sí. ¿Pero rehabilitación política? Trotsky no necesita rehabilitación política, su vida y su lucha es muy clara. Uno de los revolucionarios más completos que hayan existido, pues tuvo, si podemos usar esa expresión, la “buena suerte” de intervenir en todas las etapas de uno de los grandes procesos que marcaron la historia. Posterior a la Revolución Francesa de 1789, el siguiente acontecimiento de gran trascendencia fue octubre de 1917, y Trotsky intervino en su estructuración ideológica, en sus preceptos políticos, y después le tocó, junto a Lenin, llevarla al triunfo. Cuando vino la resaca, toda la contrarrevolución, la falsificación, la usurpación, el movimiento socialista con una burocracia voraz, parasitaria, encabezada por Stalin, Trotsky luchó hasta último momento por conservar la bandera de los ideales de la revolución, a pesar de ser acusado por el Partido Comunista. Otro rasgo extraordinario de Trotsky es que, aparte de ser un actor crucial, pudo escribir hasta el menor detalle todo lo que sucedió en su obra magna: *Historia de la Revolución Rusa*.

¿Qué opina de la novela El hombre que amaba a los perros?

El libro de Leonardo Padura yo lo he leído muy rápido, como es un tema que conozco tanto, con el que estoy tan familiarizado... es difícil para mí emitir un juicio. Pero de la gente que lo ha leído, no he escuchado una sola opinión adversa, a todos les ha fascinado. Indiscutiblemente es un libro valioso, útil para aclarar el papel de Trotsky.

¿Siente desesperanza ante el fracaso de tantas revoluciones socialistas?

Ninguna revolución logra sus metas, ni siquiera la francesa. Adelantan, retroceden, es la dinámica histórica, son experiencias, y poco a poco la humanidad irá avanzando, porque definitivamente el sistema que impera en la actualidad no funciona, es injusto, destructivo.

El marxismo mantiene vigencia en tanto método de análisis y de resolución a problemas del capitalismo, y en esa medida, Trotsky es una figura de primer orden.

¿Qué puede adelantar sobre la edición revisada de la biografía de Stalin escrita por Trotsky?

Fue lo último que mi abuelo escribió, pero no estaba muy entusiasmado. La asumió por razones económicas, pasábamos muchas carencias y le hicieron esa oferta de Harper & Brothers, de Estados Unidos, por la que le pagarían derechos de cierta cuantía. Pero no lo terminó. Entonces la editorial encargó al intelectual norteamericano Charles Malamuth que la tradujera del ruso y la editara, pero él introdujo muchas anotaciones fuera de contexto y dejó un cuarenta por ciento de texto sin publicar. Unos partidarios de Trotsky en Inglaterra, admiradores y conocedores de su obra, han asumido el ordenamiento de todo ese material inédito para preparar una nueva edición de *Stalin. An Appraisal of the Man and his Influence*. Según Alan Woods, implicado en ese trabajo de revisión, va a ser una de los libros más importantes de Trotsky, con de más de mil páginas.

Despedirme de don Esteban fue tarea difícil, hablar con el nieto de un hombre que cambió el curso de la Historia, es definitivamente apasionante. Sin embargo, tenemos abiertas las puertas del Museo, para dar a conocer más a Puerto Rico en México. Un

intercambio cultural siempre será fructífero para ambos países y, así, tal vez volvamos a retomar una conversación que parece inagotable.

julio 2016